

Antiguos compañeros

Wolfson Reyes, Gabriel

2015-03-09

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/414>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

ANTIGUOS COMPAÑEROS

Gabriel Wolfson*

—Mejor ya cállate, Álvaro, que Garcilaso no te va a enseñar a ser menos aburrido.

Ni siquiera lo había dicho él, aunque llevara mucho rato fraguando alguna frase tan terminante; lo dijo Rebeca y en su boca la frase fue más dura, como una puerta azotándose o un silencio imprevisto. Raúl la recordó ahora, sentado en una banca del San Gabriel. Las doce del día, el sol pleno sobre los rostros y sofocando a Raúl bajo su traje oscuro. Niños en el parque, quizá de una escuela cercana, un viejo ofreciendo paletas heladas, se diría una postal turística, el antiguo parque de San Gabriel, remodelado, un rincón de tranquilidad en medio del caos. Con la distancia exacta, los árboles del fondo se reflejaban nítidamente en la laguna. Eso, quiso pensar Raúl, nada más que eso fue lo que le recordó la frase de Rebeca pronunciada cinco años antes. Cómo no pensar en Garcilaso, discutió Raúl consigo mismo, los árboles que se están mirando en las aguas cristalinas, está clarísimo. Lo que siguió no fue un recuerdo automático, una avalancha propiciada por la imagen inicial del agua, sino un trabajo arduo y voluntario. Raúl puso junto a él su portafolios, las primeras tareas que tenía que calificar y decidió repetir en su mente aquella escena como si hubiera ocurrido hace cinco minutos. Imaginó tal ejercicio como una forma de compensar un poco el desasosiego matinal, aunque pronto iba a notar que eso y no quitarse el saco a plenas doce del día eran dos caras del mismo signo.

* Profesor de la UIA-GC, autor de *La inmortalidad del cangrejo* y *El pozo de los deseos*

A las nueve, Raúl dio su segunda clase en la facultad de letras. No una vuelta del hijo pródigo, nada de eso, más bien proteger un poco, darle cabida a uno de tantos hijos descarriados. La directora de la facultad no pudo oponerse. La cara de Raúl era la misma y otra, apenas cinco años antes era un alumno más, necio y poco confiable, no muy brillante, decían, aunque líder nato, y ahora un bigote tímido, una expresión tímida, un posgrado regular y el gesto de quien ha decidido ser un adulto mesurado y correcto. No pudo oponerse la directora y ahí estaba Raúl, dictando un seminario sobre poesía hispanoamericana abierto a última hora, alumnos del primero al último semestre, curioso, pensó Raúl el día inaugural, un grupo muy raro, algo saldrá.

—Son un grupo muy raro ustedes, muy disparateo —les dijo—; quiero que se presenten, yo soy Raúl, de una vez, para irnos conociendo, quiero que se presenten y me digan por qué están en este curso, qué les llamó la atención, en fin.

Raúl escuchaba: chicas de nombres desagradables, muchachos aburridos, nada relevante. Uno de los últimos sonó distinto.

—Tengo la idea de que ya nos conocemos, profesor. Álvaro, Álvaro Santacruz, tal vez recuerde. Para ser sincero, inscribí este curso porque ajustaba a mi horario. Ya ve usted, último semestre, es un problema encontrar cursos disponibles.

Raúl permaneció en silencio mientras lo identificaba, un silencio que acaso notaron los demás. Álvaro, cómo no, pensó Raúl una vez que la imagen de ese joven serio del fondo se emparentaba con aquella, cinco años atrás, mucho más delgado y de pelo corto. Cómo no, Álvaro, iba a decir Raúl, han de saber que Álvaro y yo fuimos compañeros, yo en décimo semestre, él apenas entrando a la facultad, mira nomás, pero no lo dijo, decidió que nadie tendría por qué saber eso, sería como darle una ventaja inicial a Álvaro, para qué.

—Pero háblame de tú, Álvaro, bueno, todos. Es más, les exijo que me hablen de tú, ¿eh?

Raúl esperaba una risa general, romper el hielo, una señal de que las cosas empezaban bien. En cambio, recibió de casi todos una sonrisa velada, como la del psicólogo que descubre el nerviosismo de su paciente. Se puso mal Raúl en esa primera clase, nunca creyó que fuera tan difícil estar ahí, de pie, sin poder fumar (por qué se prohíbe fumar en los salones, se estuvo preguntando Raúl y casi se los pre-

gunta a sus alumnos como tema para discutir la primera clase, pero se contuvo a tiempo), sintiéndose por primera vez con todas las obligaciones y sin ningún derecho. Explicó su método de evaluación, la dinámica de la clase, los requisitos de los reportes escritos y de pronto se daba cuenta de que había hablado de más sobre algo porque ya lo estaban viendo raro o se escribían recados en las libretas o sencillamente pensaban en cualquier otra cosa, lo de siempre. Lo de siempre, sí, pero nunca como ahora, los recaditos y el aburrimiento y las bur-las no cambian, pensó Raúl, a menos que uno esté de este lado, ni siquiera puedo dudarle, eso es lo peor: sé que estarán haciendo un dibujo de mí, recalcando el bigote y mis cejas pobladísimas, se escribirán que me parezco a tal o cual, que soy un idiota porque me trabé al pronunciar tal palabra, que se arrepienten de haber inscrito este curso de mierda, ¿y yo qué? Raúl miraba también su reloj, porque la presentación del curso no daba para más. Al final los dejó salir temprano. Todos se marcharon de prisa, como si fuera obligatorio que la primera sesión acabara antes, nadie se acercó a saludarlo, a platicar más a fondo sobre el futuro de la clase, no llegó ningún fanático de Neruda o de Vallejo a atosigarlo (Raúl inconscientemente al menos deseaba eso). Álvaro permaneció sentado un momento, el salón vacío; él y Raúl cruzaron las miradas, Álvaro sonrió como sonríe un padre cuando sabe que, por más esfuerzos, sus hijos no lo entenderían. Guardó sus libretas y salió sin decir nada.

Raúl acalorado, pero insistía en ni siquiera aflojarse el nudo de la corbata. ¿Quién es, quién fue Álvaro Santacruz?, se preguntó mientras una mujer, manoteando, acarreaba a los niños de la escuela. Fin del recreo; el paletero enfiló su carrito hacia Raúl. No gracias, pensó al verlo venir, pero el viejo se desvió antes de llegar. No gracias, dijo Raúl en voz alta, a nadie. El San Gabriel recobró su estampa de parque tranquilo y cristalino. Tal vez no era un genio, continuó Raúl, muchas lecturas, mucha memoria, creo que nada más. Lo cierto es que entonces, cinco años atrás, ni siquiera había tenido tiempo para reflexionarlo. Raúl encaraba su último semestre como una gran despedida, cinco meses de últimas fiestas, adiós a las chicas, las últimas carcajadas contra los profesores, algunos exámenes y hasta ahí. Y de pronto, cobijado por las recomendaciones de la directora, entra

Álvaro Santacruz con el permiso exclusivo de matricular algunos cursos avanzados. Pasó más de un mes sin que Raúl se respondiera quién era Álvaro Santacruz, aunque la admiración ya se había generalizado. Sabía de autores, tendencias, períodos, y daba muestras de haber leído ya libros que tradicionalmente se leen por primera vez en la carrera, como el Beowulf o las crónicas de Indias. Raúl lo soportaba, aún desconcertado, y no dejó de sorprenderse escuchándolo en alguna clase con sincero interés. La que dio el primer paso fue Rebeca.

—Este Alvarito. Sí sabe, se nota que sí, vaya. ¿Pero sabes qué? Carajo, se pasa. Le preguntas algo, no sé, si ha leído tal libro, y te responde, digo, tú *solamente* quieres saber si leyó tal libro, dios mío, y te responde con una minibiografía, un juicio ultracategorico y hasta te da el tip de las editoriales donde lo consigues más barato.

Ahí estaba: Álvaro Santacruz era aburrido. Raúl le sonrió a Rebeca, una sonrisa cómplice, como la de quien da un permiso para hacer alguna travesura. Y después siguió riéndose, sentado hasta atrás de los salones, nada más, no hizo nada más que sonreírse viendo los recados con burlas hacia Álvaro que pasaban por algunas manos, sonriendo cuando alguien —casi siempre una de las chicas— hacía una mueca mientras Álvaro hablaba. Raúl pronto notó lo mismo, porque al principio llegó a creer que estaban siendo injustos, quizá crueles, pero no: Álvaro Santacruz cansaba, oírlo era tan pesado como escuchar a la maestra de medieval contar todas las veces que había leído al Dante. Hablaba demasiado Álvaro Santacruz, y no era capaz de hablar más que de libros, no podía seguir las bromas, interrumpía las conversaciones y los juegos y hasta los momentos en que todos se callaban para fumar. Algunos comenzaron a evitarlo, pero Álvaro era una sombra, como si quisiera prolongar el privilegio de incluirse en los alumnos de semestres avanzados más allá de las horas de clase. No habría surtido el mismo efecto si lo hubieran planeado, o si lo hubiera dicho un hombre. Ahí estaban, el grupo selecto de último semestre, acordando una fiesta, y llega Álvaro a continuar una tonta discusión de clase. Guardaron silencio, porque Álvaro no formaba parte de los invitados. Se miraban unos a otros y lo miraban hablar. Sentían cierto temor, como si Álvaro fuera un chico al que había que proteger, pero sentían más harzazgo que temor. Entonces Rebeca lo dijo, aunque ni ella ni los demás se dieron cuenta de que ese juicio que ellos venían comentando desde

hacia meses a Álvaro le iba a resultar totalmente nuevo, fulminante:

—Mejor ya cállate, Álvaro, que Garcilaso no te va a enseñar a ser menos aburrido.

Álvaro se calló, en efecto. Luego disimuló su desazón con dos o tres comentarios y se fue. No sé qué fue de Álvaro entonces, pensó Raúl y cruzó la pierna sobre una banca del San Gabriel. Recuerdo las últimas semanas de clases como una gran celebración anticipada, y Álvaro ya no estuvo con nosotros. El sol se ocultó por un momento; se escucharon nuevas voces cerca de la laguna. No sé quién era ese Álvaro, repitió Raúl. El viejo de las paletas volvió a acercarse.

Por la mañana, Raúl pasó al despacho de la directora a recoger las listas de su curso. Reconoció algunos nombres que había escuchado el día anterior y después, con el afán desmedido de los novatos, pidió a la secretaria las carpetas de cada alumno. Es muy temprano aún, pensó con inédita buena fe, así podré conocerlos un poco más a fondo. Cada carpeta mostraba una foto del alumno tal como ingresó a la universidad, y luego el registro de calificaciones de todos los semestres. La mayoría de las fotos enseñaban rostros infantiles, aún la preparatoria, sonrisas incontrolables o seriedad fingida. Casi al terminar, una carpeta más gruesa, la imagen de Álvaro Santacruz era la de un muchacho flaco, peinado tradicional, un rostro de poca concentración. Por supuesto que no iba a reconocerlo, pensó Raúl. Los cambios que se habían operado en Álvaro eran tardíos, ese tipo de modificaciones que se presentan en la primera adolescencia y que hacen desaparecer los rostros de niño, se engrosan los pómulos y se enturbia la mirada, la piel pierde suavidad. La mayor sorpresa, sin embargo, la recibió Raúl al repasar las notas de su antiguo compañero. El primer semestre todo dieces. Ahí lo dejé, se dijo Raúl. Después, poco a poco, iban apareciendo algunas manchas, un nueve, un ocho, hasta que a la mitad de la carrera lo infrecuente era un diez. No parecía un descenso rotundo; en todo caso, como si Álvaro hubiera ido eligiendo en qué materia obtendría una buena nota y en cuáles no. De cualquier modo, dudó Raúl, nunca lo habría imaginado, Álvaro Santacruz, promedio general un pálido ocho punto uno. Pero Álvaro se ve muy bien, muy tranquilo y dedicado, pensó Raúl y luego, ya en el San Gabriel, odió esa reflexión. Después de la clase había caminado algunas cuabras sin

mucho sentido. Paró un taxi y le pidió que lo acercara al parque. Así lo dijo al chofer: acérqueme al parque.

—¿Lo dejo en el parque o qué es lo que quiere?

—Sí, en el parque está bien, sí. Quizá Álvaro no ha cambiado tanto, fue pensando Raúl en el trayecto, y luego intentó olvidarse de todo.

De pronto pareció que no quedaba nadie en el San Gabriel. Se escuchaba apenas el murmullo del agua, como si comenzara a ebullición con ese sol atroz. Una ráfaga de brisa fresca se presentó de improviso. Los papeles de Raúl volaron hacia el prado cercano y, por su reacción, se quemó una mano con el cigarro. Apartó las tareas y las listas y estrujó el resto. Luego pisó el cigarrillo hasta verlo desaparecer en el pasto. Permaneció de pie, con una bola de papel en la mano, a punto de llorar.

Raúl no preparó esa segunda clase (la primera en verdad); su última tesis fue sobre aquel tema, para qué. Llevó solamente una hoja donde había apuntado: “Panorama general inicios s. XX. a) Modernismo —cumbres y resabios. b) Vanguardias —exacerbación —construcción literaturas nacionales”. Años después Raúl iba a aprender a controlarlo, pero entonces aún no sabía que el tema que pensaba desarrollar en una hora se le podría agotar a los quince minutos. Nadie preguntaba nada, todos escribían en sus libretas y afirmaban con la cabeza, como si ya hubieran escuchado esa clase muchas veces. Raúl francamente se desesperó; comenzó a soltar nombres que cada vez interesaban menos, nombres y corrientes poéticas, nadie lo veía, nadie parecía advertir que su voz titubeaba, que rompía el gis en el pizarrón al escribir una fecha, sólo Álvaro, su cara hacia arriba, su mirada tal vez hacia Raúl, quizá sólo extraviada en la ventana o quizá está disimulando, imaginó Raúl cuando vio, y pudo entenderlo perfectamente, como en cámara lenta, cuando vio que la boca de Álvaro casi deletreaba un par de nombres, claro, pensó Raúl, para que yo complete mi exposición, dos minutos extras al menos.

—¿No es un poco exagerado, profesor, relacionar los nombres de Federico Amiel y José María Blanco White a la vanguardia hispanoamericana? —preguntó Álvaro y Raúl sintió de pronto, casi feliz, que el silencio se acababa, volvió a oír murmullos y roces de libretas.

—De tú, Álvaro, no de usted. Pues no, no lo creo así, dos autores, eh, sudamericanos. Bueno, debes entender que todo mundo, de alguna u otra manera, tuvo que ver con las vanguardias.

—¿No estará confundido, profesor? —Álvaro prácticamente lo interrumpió. Los nervios de Raúl aparecieron como para anticipar lo que venía, pero supuso que era inútil ya echarse para atrás.

—Bueno, no, no lo creo. Raúl comenzó a escuchar algunas risas. ¿De qué se ríen estos imbéciles?, llegó a pensar.

—Federico Amiel, profesor —dijo Álvaro con una voz clara, que se fue haciendo más segura conforme avanzaba—, escritor suizo del siglo pasado, autor de un diario íntimo de mil quinientas páginas, no escribió poesía, en realidad muy poco leído en América. De Blanco White sé aún menos: alternó su vida entre España e Inglaterra a principios del diecinueve, escribió algunas cosas en inglés que se tradujeron no hace mucho. Seguro el profesor se habrá confundido —Álvaro, de pie, se dirigía ya no a Raúl sino al resto de sus compañeros—, habrá algunos nombres que se les parezcan, quizá.

Raúl hubiera preferido que siguieran riéndose, tal vez no habría sido imposible salir del paso con alguna broma. Todos permanecieron en silencio, viéndolo y viéndose, mientras Álvaro, aún de pie, cruzaba los brazos. Tengo algo que arreglar en la dirección, les dijo Raúl, discúlpeme. Tomó sus libros y salió, arrepintiéndose de esa frase tan tonta, y luego caminó algunas calles y abordó un taxi y se perdió en el mediodía visceral del parque San Gabriel.

Tal vez no me lo dijo a mí, pensó Raúl después de arrojar los papeles al cesto de la basura y encender un nuevo cigarrillo, casi estoy seguro de haber leído esos nombres de sus labios, pero tal vez no iba para mí. El humo lo hizo toser un poco. Por entre los árboles se colaba el ruido del tráfico de las dos, el San Gabriel fue llenándose de niños más grandes que abandonaban sus mochilas en el prado para corretearse alrededor de la laguna, casi un parque distinto ahora. Regresó el viejo anunciando con ímpetu sus paletas heladas. Tal vez no iba para mí —pensó Raúl—, tal vez; y eso, de cualquier modo, ¿qué importaría?